

Don Domingo Gómez, tradicionista arequipeño

César Coloma Porcari
Instituto Ricardo Palma
Universidad Ricardo Palma
sillardearequipa@gmail.com
Lima, Perú

Resumen

Don Ricardo Palma, nuestro gran tradicionista, tuvo varios seguidores en el Perú y otros lugares de la América Latina. Uno de ellos fue don Domingo Gómez (Arequipa, 1862-1938), hoy olvidado y a quien se rescata en esta nota, ofreciendo información biográfica sobre el mencionado personaje y sobre su obra literaria, compuesta principalmente por tradiciones y crónicas referentes a la ciudad de Arequipa.

Palabras clave: Domingo Gómez, Arequipa, tradiciones del Perú, tradiciones de Arequipa, costumbres, religiosidad popular, fiestas, danzas, música, patrimonio cultural mueble e inmueble de Arequipa.

Abstract

Ricardo Palma, our great traditionist, had several followers in Peru and other places in Latin America. One of them was Don Domingo Gómez (Arequipa, 1862-1938), now forgotten and remembered in this paper with his biographical information and literary work, mainly composed of traditions and chronicles about the city of Arequipa.

Keywords: *Domingo Gómez, Arequipa, traditions of Peru, traditions of Arequipa, customs, popular religion, festivals, dances, music, movable and immovable cultural heritage of Arequipa.*

César Coloma Porcari

Economista, dedicado a la investigación histórica, ha publicado libros y artículos sobre el patrimonio cultural del Perú, en los diarios *El Comercio* (Lima) y *El Pueblo* (Arequipa), y en las revistas *Caretas* y *Voces* (Lima). Es Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma y del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú; Miembro de Honor del Instituto Libertador Ramón Castilla; Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima y de la Fundación Marina Núñez del Prado. Fue Director de Cultura de la Municipalidad de Lima Metropolitana, Director del Museo de Arte Italiano y del Museo Nacional de Historia, Director General del Centro Nacional de Información Cultural y actual presidente del Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo. Condecorado por la Universidad Católica de Santa María, de Arequipa, con la “Medalla Institucional”, y por la Municipalidad Provincial de Arequipa, con la “Medalla de la Cultura”. Ha recibido el grado de Doctor Honoris Causa.

Don Ricardo Palma, nuestro egregio tradicionista, tuvo varios seguidores en el Perú y otros países, cuyas obras fueron inspiradas por las tradiciones locales, pero ninguno pudo igualar la calidad y estilo del maestro.

En Arequipa fue muy apreciado, antaño, el escritor don Domingo Gómez, que escribió tradiciones y crónicas de carácter local, de gran calidad, pero que carecían de la gracia irreverente propia de la genialidad de don Ricardo Palma. Porque don Domingo Gómez tenía fuertes convicciones religiosas y era un fervoroso católico, a diferencia de Palma, gran liberal y obviamente nada religioso.

Don Domingo Gómez, cuyo nombre completo era Domingo de la Calzada Gómez y Pino, nació en la ciudad de Arequipa el 11 de mayo de 1862. Fue bautizado en la parroquia del Sagrario el día siguiente (12 de mayo de 1862), con el nombre de Domingo de la Calzada, debido a que ese día la Iglesia Católica celebraba la fiesta de Santo Domingo de la Calzada. Sus padres fueron don Juan Gómez y Adrián y doña Luisa Pino y Silva, quienes habían contraído matrimonio en la parroquia de San Antonio Abad de Arequipa el 18 de septiembre de 1856. Falleció en la Ciudad Blanca el 11 de marzo de 1938.

Con motivo de su deceso, el diario católico *El Deber* registró que “Más o menos a las cinco de la tarde de hoy ha fallecido el señor Domingo Gómez, Cronista que fue de este diario por más de 30 años, desde los albores de la fundación de EL DEBER”. Además, recordaban que “El señor Gómez militó en esa legión poco numerosa todavía, de periodistas desinteresados que todo lo ofrendan en pro de la causa católica”. En el diario *El Deber*, “algunas veces asumió en forma accidental el cargo de director en ausencia del titular”. Luego de su jubilación en el periódico mencionado, publicó “jugosas colaboraciones sobre temas históricos o glosando leyendas o tradiciones de los buenos tiempos de Arequipa” (*El Deber* N° 18817, p. 3).

Su hijo don Rodolfo A. Gómez García, en su obra *Padre e hijo. Narraciones arequipeñas* (Arequipa, Imprenta Editorial *El Sol*, 1977, 430 pp.), reprodujo varias de las tradiciones escritas por su padre y publicadas en el diario *El Deber* de la Ciudad Blanca. Pero por razones que desconocemos, no incluyó en el libro su tradición “El Carnaval. Algo histórico sobre carnestolendas”, que descubrimos nosotros en nuestras investigaciones hemerográficas, y que fuera publicada en el diario *El Deber* N° 16974, Arequipa, sábado 6 de febrero de 1932, pp. 3-4, como se verá más adelante.

En la actualidad la obra de don Domingo Gómez ha sido olvidada y no existe ningún estudio sobre ella. Por dicha razón y teniendo en cuenta que fue un seguidor de don Ricardo Palma al escribir tradiciones de su tierra natal, Arequipa, decidimos rescatar su figura y ofrecer a los lectores una breve relación de su obra y algunos datos biográficos. Estamos seguros que los investigadores tendrán interés en estudiar su obra, buscando sus artículos publicados especialmente en el diario “El Deber” y en otras publicaciones periódicas de Arequipa, de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

Es necesario ubicar su obra completa y publicarla en un libro. Lamentablemente, la edición de 1977 realizada gracias al empeño de su hijo don Rodolfo A. Gómez García, que ya indicamos, incluye solamente unas cuantas tradiciones y crónicas escritas por su padre.

La tradición

Don Ricardo Palma en “Parrafadas de crítica”, “Tradiciones del Cuzco” (Palma, 1968, pp. 1474-1475), ofrece una importante definición sobre lo que es una tradición:

En el fondo la Tradición no es más que una de las formas que puede revestir la Historia, pero sin los escollos de ésta. Cumple a la Historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a las galas de la fantasía [...]. La Historia que desfigura, que omite o que aprecia solo los hechos que convienen o como convienen; la Historia que se ajusta al espíritu de escuela o de bandería, no merece el nombre de tal. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la Tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades. La Tradición es la fina tela que dio vida a las bellísimas mentiras de la novela histórica [...].

Agrega nuestro gran tradicionista que “el que escriba tradiciones no solo está obligado a darles colorido local, sino que hasta en el lenguaje debe sacrificar, siempre que oportuno lo considere, la pureza clásica del castellano idioma, para poner en boca de sus personajes frases de riguroso provincialismo” (Palma, 1968, p. 1475).

Asimismo, don Ricardo Palma afirma:

Estilo ligero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y caracteres en un rasgo de pluma, diálogo sencillo a la par que animado, novela en miniatura [...], eso es lo que, en mi concepto, ha de ser la tradición (Palma, 1968, p. 1475).

Como lo podemos comprobar, don Domingo Gómez cumple con las características que debe tener una “tradición” enunciadas por el maestro Palma, siendo una constante en la obra de Gómez la manifestación de su apasionamiento y fervor religioso, que se aprecian en casi todos sus escritos.

Las tradiciones arequipeñas de don Domingo Gómez:

El Carnaval. Algo histórico sobre carnestolendas

La tradición, obra de don Domingo Gómez, publicada en *El Deber* (1938, pp. 3-4), que lleva el título que indicamos, como ya lo señalamos, no fue incluida en la recopilación publicada por el hijo del mencionado personaje, don Rodolfo A. Gómez García (1977, p. 430). Nosotros la descubrimos, luego de minuciosa búsqueda, en las páginas del diario *El Deber* de la Ciudad Blanca, *El Deber* (1932, pp. 3-4), y la reproducimos completa y *ad pedem litteræ* al final de nuestro ensayo, como una contribución para el estudio de la obra de don Domingo Gómez.

El Carnaval de Arequipa fue muy apreciado antaño (Coloma, 2010), y en éste estaba presente un gran aporte prehispánico, por la música y danza que ha ido desapareciendo de manera acelerada desde mediados del siglo XX. Don Rodolfo Gómez recuerda las “HUIFALAS miraflores, múltiples en número, rasgando guitarras y charangos que invadían la ciudad, entonando la famosa Canción del Carnaval, inventando coplas intencionadas y de metro libre” (1932, pp. 3-4). Se debe tener presente que en otros lugares del Perú también hubo fiestas de Carnaval importantes (Coloma, 2017). Don Domingo Gómez no hace ninguna mención a la “chicha de Carnaval” ni a los “confites de Carnaval”, que fueron tan apreciados en la Ciudad Blanca (Coloma, 2018).

Asimismo, debemos recordar las fiestas carnavalescas de Mollendo (el principal puerto de Arequipa y de todo el Sur del Perú), del año 1906, que llamaron mucho la atención a la prensa de Lima:

Como se puede ver por la información gráfica que acompaña a estas líneas, el carnaval en Mollendo fue más hermoso y más pintoresco que en esta capital [Lima]. Siquiera allá hubo máscaras y trajes churriguerescos y alegría callejera; y no como aquí, cuatro individuos vestidos con telas de guardarropía, oliendo al favor de los siglos; individuos cuyos antifaces anunciadores no alcanzaban a ocultar los tonos de caoba de las pieles malambinas [*i. e.* africanas] (Elías y Rivera, 2008, pp. 15, 17, 19, 20).

El cronista limeño de 1906 continúa sus elogios al carnaval mollendino, señalando que:

El egoísmo regional nos hace suponer a los limeños que solo en la capital puede verse gente distinguida: hombres muy chics y mujeres muy elegantes. Eso es lo que se encargan de desmentir las tres hermosas instantáneas de nuestro corresponsal porteño. Allá en Mollendo no se ha perdido la línea de la felicidad. Nunca tuvo manifestación más hermosa el júbilo de los dioses caídos que cuando los propios dioses interpretaron las múltiples sensaciones (Elías y Rivera, 2008, p. 20).

Cabe señalar que don Manuel Ladislao Cabrera Valdés en su obra titulada *Colección de algunos documentos sobre los primeros tiempos de Arequipa mandados publicar por el Concejo Provincial con ocasión del 1er. Centenario de la batalla de Ayacucho* (1924, p. 98), registra una valiosa información sobre el antiguo carnaval de Arequipa que complementa la tradición de don Domingo Gómez:

No es posible pasar por alto el Carnaval de Arequipa, tan famoso en otro tiempo. Las coplas que se cantan son españolas, criollas mejor dicho; pero la música es indígena. A cada copla responde el coro de mujeres la palabra *ipucllay!*,

que significa *ijugad!* o *ijuego!*; y esto, sobre todo cuando se forman cuadrillas de indios que bailan en rueda, *wifala*. El coro de estas coplas las hace parecer al tipo de los cantos indígenas llamados *Haylli*, que es la palabra que sirve de estribillo en los cantos de las labores agrícolas, que aún se conservan en algunas regiones del Interior. Es pues, muy verosímil, que en tiempo de los Incas, sino en todo el país, por lo menos en el valle de Arequipa, ha existido una clase de cantos populares, los *ipucllay!*

Por su parte, don Francisco Mostajo en su ensayo titulado “Toponimia. Apuntes de un ensayista andino” (1923, p. 38) recuerda que:

En las afueras septentrionales del pueblo de *Miraflores*, en Arequipa, hay, entre aquel y la torrentera de *San Lázaro*, un lugar eriazado que se denomina *Quimsa-moco*, tres mogotes, por las colinas que alzan su ondulación casi en el centro. Hacia el oeste se eleva una cerrillada, que puede decirse es la primera estribación de los montes cordilleranos. De entre ella se destaca la cima comba de un cerro llamado *Santa Rosa*. En el confín occidental espande la *andenería* esmeráldica de las chacras y huertos de *Yanahuara* y *Caima*.

Este autor (Mostajo, 1923, pp. 38-39) se refiere también a las “bifalas” o “huifalas” del antiguo carnaval arequipeño, de evidente origen indígena, acompañadas del tamboril y la quena precolombinos y del charango de origen hispano:

En *Quimsa-moco* el miércoles de ceniza se verifica un paseo popular para enterrar el carnaval, representado por un muñeco estrafalariamente vestido. Antiguamente, en ese paseo todavía se jugaba con los consabidos *cascarones* y polvos, había pintorescas bifalas (en quechua huifalas) y parejas de un hombre y una mujer *cutaneaban* (sic) en las colinas

reverdecidas por el aguacero, esto es, rodaban abrazados de la cima al llano. Hoy apenas se ven grupos parados de gente, que luego se distribuyen en las picanterías de *Miraflores*, y apenas se oye algún tamboril o quena o charango que parece llorar los tiempos idos de la fiesta que agoniza.

Al lado, se ve una que otra tosca ruina del antiguo cementerio de la ciudad denominado *El Calvario*, tal vez por la capilla que en él había. Hoy lo reemplaza el camposanto del pueblo, en pleno descampado, sin muros que lo resguarden. Allí celebran en mayo la fiesta de la Cruz, porque una se levanta sobre un pedestal de sillar, que tiene por adorno algunas desenterradas calaveras. En verdad que es de un humorismo netamente serrano el que en las colinas adyacentes sean la despedida y el entierro del carnaval.

Todas las tradiciones que reseñamos a continuación también fueron publicadas en el diario “El Deber” de Arequipa, y son las reproducidas en el libro editado por el hijo del autor, que indicamos (Gómez, 1977).

El Huainaputina

Don Domingo Gómez en su tradición “El Huainaputina” redactada en Arequipa en septiembre de 1896 (Gómez, 1977, pp. 25-29), narra todo lo referente a la gran erupción del mencionado volcán sureño en el año 1600, anotando al final de su texto (Gómez, 1977, p. 29) lo siguiente:

Sea esta tradición objeto de benevolencia por parte de los que lean las líneas al correr de mi péñolo (sic) trazo, recordando hechos que deben ser guardados con piadosa veneración en el cofre de los anales patrios, para ejemplo de los que miran al cielo con desdén y tratan lo sobrenatural como cuentos efímeros de mil y una noche.

La Recoleta

Otra de sus tradiciones lleva el título de “La Recoleta”, escrita en septiembre de 1896 (Gómez, 1977, pp. 30-34). En ella se ocupa de fray Diego, lego cocinero de ese convento, quien, por preparar una opípara cena, por descuido, provocó el incendio de la cocina y por consiguiente, la calcinación de todas las viandas que estaba cocinando. El autor cuenta que “Fray Diego murió en olor de santidad, llorado por Arequipa y los suyos” (Gómez, 1977, p. 33).

La Merced

En “La Merced”, tradición que data de septiembre de 1896 (Gómez, 1977, pp. 35-39), cuenta que “El historiador Travada da como tradición que una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes pintada en lienzo, denominada La Portera, fue la primera que recibió culto en esta ciudad” (Gómez, 1977, p. 38). Y narra que luego del terremoto de 1687 (que afectó severamente a la ciudad de Lima), y que causó algunos daños en Arequipa, los frailes mercedarios se instalaron en carpas y no podían cumplir con los rituales religiosos, y por ello, en su auxilio, desde el Cielo llegaron unos ángeles a la Ciudad Blanca para cantar en el coro mercedario. Entonces el padre “Obregón [...] llevaba la batuta, en el rezo divino, a una legión de ángeles”. Agrega el autor que “Los ángeles suplieron la carencia de rezo en el coro” (Gómez, 1977, p. 38).

El convento franciscano

Asimismo, en su tradición “El convento franciscano”, de octubre de 1896 (Gómez, 1977, pp. 40-45), se refiere a la “empanada franciscana” y a un benefactor de estos frailes arequipeños llamado don Patricio Gómez, en los años de “mil

seiscientos y tantos”, que apoyó inclusive la procesión del Paso (Gómez, 1977, p. 42). Los frailes mandaron a preparar una dulce y gigantesca “empanada” de “harina, azúcar, huevos y qué se yo qué adminículos” a doña Benedicta Dueñas, “dulcera famosa”. Y “Varios cargadores se fletaron para conducir en hombros el portentoso regalo dirigido al anciano bienhechor, entre repiques y algazara frailuna” (Gómez, 1977, p. 43). Pero el homenajeado acababa de fallecer. Nosotros agregamos que hasta hace pocos años se continuaba elaborando en algunas panaderías, en Arequipa, las dulces y exquisitas “empanadas del Paso”.

El monasterio de Santa Teresa

En su tradición “El monasterio de Santa Teresa”, del 17 de octubre de 1896 (Gómez, 1977, pp. 46-51), trata sobre “La flor del campo”, que era “una bella señorita en cuyo semblante acariciado sin duda por las auroras, se notó tanta finura que parecía un girón del cielo”, con “Ojos negros como la noche, sombreados por crespas pestañas que irradiaban tornasoladas luces, por la variedad de su brillo” (Gómez, 1977, p. 49). Cuenta el autor que esta dama fue monja del convento teresiano de Arequipa, y que a ella “Dios reveló [...] el misterio de la Santísima Trinidad y siendo seglar se le apareció Jesucristo en traje de pordiosero y le mostró simbolizadas en los colores de dos flores los del hábito del Carmen” (Gómez, 1977, p. 51).

Por último, el tradicionista arequipeño (Gómez, 1977, p. 51) afirma que:

Como lo narran he narrado el caso, sin pecar de exagerado ni mucho menos de miope, tratándose de hechos que la tradición arequipeña ha dejado consignada en sus anales; no cierto para que sean cuento de viejas, ni sirvan de

entretenimiento a los niños, como sienten os que enarbolan la bandera del modernismo histórico.

El Tutturutu de la plaza

Don Domingo Gómez, en su tradición “El Tutturutu de la plaza”, que data de agosto de 1919 (Gómez, 1977, pp. 61-63), relata que dicho nombre histórico se usó tradicionalmente “para denominar, en nuestro terruño, al mancebo que con el clarín de la fama en la mano, coronaba la gran pila de bronce que siglos atrás se ostentaba en el centro de la plaza de armas (sic) y que se conceptuaría como un monumento arequipeño y se le retiró, no sé si en hora inconsulta” (Gómez, 1977, p. 61).

El comentario del escritor Gómez es cierto, ya que la pila de la plaza mayor de Arequipa fue retirada de su emplazamiento original a principios del siglo XX, con el fin de construir allí un monumento modernista de pacotilla. Este hecho de lesa cultura es desconocido en la actualidad y nos es imposible comprender por qué ocurrió semejante salvajismo. El municipio de entonces hizo desarmar toda la estructura de la broncea fuente y ésta, con la escultura que la coronaba, el “Tutturutu”, fueron arrojadas a un espacio en la cárcel de la plazoleta de San Francisco (casa del Fierro) (Gómez, 1977, p. 63). Muchos años después otro municipio trató de reponer la pila en la plaza mayor con el resultado que vemos actualmente.

Agrega el tradicionista Gómez que “cuentan los abuelos que cuando una autoridad, un mandón vulgar, un sátrapa, quería dejar con un palmo de narices al quejoso que le demandaba justicia, le lanzaba este apóstrofe: ‘váyase usted a quejar al Tutturutu de la plaza’” (Gómez, 1977, p. 61).

La Virgen de los Remedios

En “La Virgen de los Remedios”, de febrero de 1926 (Gómez, 1977, pp. 64-68), se refiere al monasterio de Santa Catalina de Arequipa y cuenta de un milagro que habría ocurrido allí luego de una fortísima lluvia que azotó la Ciudad Blanca el año 1635. La torrencera (“lloclla”) de San Lázaro se desbordó e inundó parte de la ciudad. Pero la madre Sor Ana de los Ángeles Monteagudo, a la sazón monja de dicho convento, imploró por su auxilio a la imagen de la Virgen de los Remedios que se adoraba en la iglesia del monasterio. Pero al ir a buscar a la mencionada imagen descubrió que no se encontraba en su sitio, es decir, había desaparecido. Entonces una mujer “entró a la iglesia dando gritos, diciendo que Nuestra Señora de los Remedios se dejaba ver sobre una piedra, deteniendo con su manto el impetuoso curso de las aguas para que no hiciesen daño al monasterio. Entonces conoció la M. Monteagudo cuánto valían para con Dios sus oraciones” (Gómez, 1977, p. 67).

Don Domingo Gómez finaliza su narración (Gómez, 1977, p. 68) contando lo siguiente:

Y con punto final cierro esta ligera reminiscencia que consagra uno de los prodigios que la tradición de este terruño conserva ente los mil y mil (sic) que se hallan grabados en las páginas de la historia.

Estudiantes de Salamanca en Arequipa

En su tradición “Estudiantes de Salamanca en Arequipa. Reminiscencias del carnaval de mil ochocientos ochentaicinco”, de 1928 (Gómez, 1977, pp. 87-94), cuenta que, en Arequipa, un grupo de jóvenes se disfrazó con capas negras como los

antiguos estudiantes de la Universidad de Salamanca, paseando “al son de violines, bandurrias, mandolinas y guitarras”, para solicitar un óbolo en favor de los enfermos internados en el hospital de San Juan de Dios (Gómez, 1977, p. 88).

Don Domingo Gómez agrega que la mencionada “comparsa estudiantil, en el carnaval arequipeño de 1885, cantaba “la movida jota ‘Olé’, la habanera “Yo te quiero”, “la linda mazurca ‘Flor del Misti” y el vals “Las joyas del Perú”, ofreciéndonos la letra de esas canciones. En el libro publicado por su hijo se insertan las partituras de las dos primeras canciones (Gómez, 1977, pp. 88-89).

El animero

En “El animero”, del 2 de noviembre de 1931 (Gómez, 1977, pp. 133-136) recuerda el tradicional Viático que se llevaba a los enfermos, así como el rezo del Angelus, a las seis de la tarde, y “Sonaba la QUEDA o sea las ocho de la noche, invitando al pueblo piadoso a recitar (sic) un Padre Nuestro y un Ave María en sufragio de los que yacen durmiendo el sueño eterno en la huesa común” (Gómez, 1977, p. 134).

Y se ocupa de un fraile que por 1870 ejerció como “Animero” e indica:

Cabalgaba sobre modesta y hasta humilde cabalgadura y armado de una campanilla, a ratos de sonido fatídico y sonambulesco, recorría los diferentes cuarteles o barrios de la ciudad, deteniéndose en cada puerta de calle donde era llamado, recitaba un RESPONSO [...] y recibía una pequeña limosna después de encomendar a Dios el alma de la persona difunta (Gómez, 1977, p. 137).

Las tres Cruces del camino a Tingo

En “Las tres Cruces del camino a Tingo”, de noviembre de 1932 (Gómez, 1977, pp. 153-156) cuenta sobre el alboroto que se produjo en Arequipa el año 1863, cuando robaron la custodia principal de la iglesia mercedaria, así como un “copón lleno de hostias sagradas” y otros objetos de culto. Se sospechaba de unos operarios extranjeros que se encontraban laborando en el templo. Una monja de Santa Catalina afirmó que presentía que las hostias y todo lo demás habían sido enterradas en el camino a Tingo. Muchos fueron a buscarlas hasta que encontraron todo lo robado. Y conmemorando este hecho, colocaron tres Cruces en el camino a Tingo.

Don Domingo Gómez concluye su relato indicando:

que mi afán de investigador de sucesos notables de esta tierra volcánica me hace borrar cuartillas que no tienen más mérito que el de la paciente rebusca de datos en los anaqueles de viejas anotaciones o guardando *in mente* las narraciones de los que en idos tiempos fueron testigos oculares e insospechables (Gómez, 1977, p. 156).

Otros escritos de don Domingo Gómez:

Mariano Melgar

Don Domingo Gómez en “El panteón de la Apacheta. Los restos de Mariano Melgar”, del 2 de noviembre de 1925 (Gómez, 1977, pp. 69-73) cuenta que no se ha encontrado dónde reposan los restos del héroe de Umachiri, mientras que en “Mariano Melgar”, de 28 de julio de 1923 (Gómez, 1977, pp. 127-132), describe espléndidamente el mencionado pueblo de Umachiri (Puno), en donde fuera fusilado por los realistas este héroe de nuestra Independencia, el 12 de marzo de 1815.

Felipe Santiago Salaverry

En “El negro de las chirimoyas”, del 25 de febrero de 1899 (Gómez, 1977, pp. 58-60), el autor cuenta que el joven Felipe Santiago Salaverry de niño, en Lima, tomaba clases de música, y un día “escuchó la aguardentosa voz de un negro de dos varas de alto, que haciendo uso de su media lengua, pregonaba la venta de una docena de chirimoyas, graciosamente acomodadas en un cestillo tentador”. El niño le compró algunas de las frutas, pero el vendedor le entregó “las peores chirimoyas” (Gómez, 1977, p. 59). Salaverry le reclamó al vendedor, sin éxito y trató de atacarlo, pero sus compañeros lo impidieron y se dio un golpe en el piso.

Asimismo, en “Salaverry en capilla. Episodio sangriento de 18 de febrero de 1836”, del 18 de febrero de 1929 (Gómez, 1977, pp. 105-112), se ocupa del fusilamiento de ese caudillo republicano; y en “Documentos históricos. Salaverry siempre fue patriota”, de febrero de 1936 (Gómez, 1977, pp. 162-165), también trata sobre este caudillo.

El Club Literario de Arequipa

Don Domingo Gómez en “José Ignacio Gamio (apunte psicográfico)”, de enero de 1929 (Gómez, 1977, pp. 95-104), ofrece valiosa información sobre este importante grupo de escritores mistianos. Asimismo, en este texto reproduce las “Psicografías instantáneas de los treinta y ocho miembros incorporados en el Club Literario de Arequipa”. Cabe señalar que la única mujer integrante del mencionado grupo fue la escritora doña María Nieves y Bustamante.

Otros personajes célebres

En “Samuel Velarde. Improvisación”, de marzo de 1927 (Gómez, 1977, pp. 83-86), cuenta anécdotas sobre ese destacado vate; mientras que en “Un insigne matemático arequipeño”, de marzo de 1930 (Gómez, 1977, pp. 113-120), recuerda a don Miguel W. Garaycochea, científico y poeta arequipeño; y en “Benito Bonifaz”, del 31 de mayo de 1932 (Gómez, 1977, pp. 138-148) se ocupa del poeta indicado y de doña María Nieves y Bustamante y su obra “Jorge el hijo del pueblo”.

El terremoto de 1868 y otros apuntes sobre la ciudad de Arequipa

En “El jueves 13 de agosto de 1868”, del 13 de agosto de 1930 (Gómez, 1977, pp. 121-126) se refiere a los terremotos que afectaron Arequipa, en especial, el del 13 de agosto de 1868:

Sentirse la conmoción y abrir los ojos para un minuto después contemplar la ciudad convertida en ruinas y en un hacinamiento de escombros, rodeada de nubes de polvo que la oscurecieron como si la hubiesen invadido las sombras de la noche; todo fue obra de un instante (Gómez, 1977, p. 123).

Asimismo, en “Testamento litigioso” de 1896 (Gómez, 1977, pp. 52-57) narra los pormenores del pleito entre arequipeños y moqueguanos, ocurrido en el siglo XVIII, para lograr que en una de esas ciudades se estableciera un monasterio de Santa Rosa.

También, en “Una fecha histórica. La campana de la Catedral”, del 13 de junio de 1927 (Gómez, 1977, pp. 81-82), se refiere a la campana llamada “la Monteruda”, por la forma de montera que tiene, obsequio del Obispo don José Sebastián de Goyeneche,

mientras que en “El día de San Blando”, del 31 de octubre de 1932 (Gómez, 1977, pp. 149-152) cuenta cómo desapareció el callejón de la Faltriquera del Diablo, que era formaba parte del conjunto de vías del barrio de San Lázaro. Las viviendas de sillar construidas a lo largo de éste fueron demolidas por orden prefectural “allá por el año 1877 o 78”, con el fin de continuar la calle Jerusalén.

Asimismo, en “Los portales de la Plaza de Armas”, de 15 de marzo de 1934 (Gómez, 1977, pp. 157-161), se refiere a la reconstrucción de los portales de la Plaza Mayor de Arequipa, llevada a cabo en el siglo XIX, luego de la destrucción parcial o total de los anteriores portales por el terremoto de 1868. La primera planta de ellos, con sus magníficos pilares de granito labrado, se conserva hasta el presente, afortunadamente. No así la segunda planta, que fuera afectada por los sismos de 1958 y 1960, por lo que se decidió desmontarla y levantar en su lugar portales de sillar blanco, en estilo neocolonial, que son los que se lucen ahora y forman un estupendo conjunto armónico con los decimonónicos de la primera planta, haciendo que la Plaza Mayor de Arequipa sea en la actualidad una de las más bellas e imponentes plazas de todo el planeta.

Por último, en “El Seminario de Arequipa”, del 6 de marzo de 1936 (Gómez, 1977, pp. 166-170), hace un recuerdo de este importante centro de estudios mistiano; y en “Crónicas del tiempo viejo. Susceptibilidad de un Rector de la Universidad”, de septiembre de 1926 (Gómez, 1977, pp. 74-80) trata sobre un pleito suscitado por una ceremonia religiosa en la que participaban las autoridades de la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa.

A continuación, ofrecemos el texto íntegro de la tradición de don Domingo Gómez sobre el antiguo carnaval de Arequipa:

Documento

El Carnaval. Algo histórico sobre carnestolendas por Domingo Gómez

El Diccionario de la Lengua Castellana, por la Real Academia Española, hace derivar la palabra CARNAVAL del italiano CARNEVALE. Hay etimologistas que la buscan en dos voces latinas, CARO CARNIS, carne, y VALE, adiós, o sea en romance castellano, el tiempo en que se da el adiós a la carne, puesto que los días carnales preceden a la cuaresma.

Otros filólogos hacen derivar aquella palabra de CARO y de VAMEN, acción de quitar o bien DESAHOGO; desahogo de la carne, siendo el tipo primitivo del vocablo CARNELEVAMEN, que después se transformó en CARNEVALE, luego en CARNAVALE, como antiguamente se le denominaba, y, por último, en CARNAVAL, que es la transmisión que nos dejaron nuestros antepasados.

Hoy en frase aristocrática y si se quiera burguesa, se le llama “la fiesta de Momo”, el dios mitológico de la Locura y de la Sátira e hijo de la Noche, que fue expulsado del Olimpo por sus excesos en las burlas, asociándose al dios del Vino. Tiene Momo además las acepciones semánticas de gesto, figura, mofa y bufón.

A la fiesta graceja de ese dios simbólico se le invoca también con el nombre de CARNESTOLENDAS, o sea los tres días que preceden al Miércoles de Ceniza, según lo afirma el léxico.

El carnaval, ateniéndonos a su verdadero origen, es un resto, un recuerdo, una emanación de las bacanales, saturnales

y lupercales. Casi todos los pueblos de la antigüedad se entregaban durante ciertas épocas del año a excepcionales entretenimientos públicos, en los que reinaba loca alegría y extraordinaria algazara.

Los hebreos, a pesar de que el Deuteronomio lo prohibía, celebraban enmascarados y usando disfraces, las fiestas dedicadas a PHARIMO, que parece se instituyeron en memoria de haberse libertado los hebreos de las asechanzas de Amán, favorito del rey Amero, que quiso exterminarlos a sangre y fuego.

En Grecia y Roma se celebraba ruidosamente las bacanales o fiestas en honor de Baco, el dios de la borrachera; las saturnales para honrar a Saturno y las lupercales, que se conmemoraban en el mes de enero, en honor del dios Pan.

Estas fiestas conmemorativas, según todos los autores, dan origen al CARNAVAL. La analogía de los antiguos disfraces y locuras con las mascaradas de carnaval, salta a la vista; pudiera decirse que esto data originariamente de la locura humana.

¿Qué eran sino locura, desenfreno, las fiestas de los hebreos en honor de PHARIMO, las del buey APIS en Egipto, las bacanales de los griegos, las saturnales de los romanos, durante las cuales los esclavos gozaban de completa libertad?

España tuvo su época de mascaradas y grandes alegrías y regocijos durante la dominación de las águilas romanas, pues es natural que el imperio transmitiera con su idioma, sus costumbres y su MODUS VIVENDI, indubitadamente.

Sin embargo, una ley dada en 1523 por Carlos I y doña Juana prohibía las diversiones carnavalescas. Esta ley debió

caer pronto en desuso, pues en los poetas clásicos de aquella época se encuentran alusiones a las locuras de aquellos tiempos.

Los Padres de la Iglesia Tertuliano, San Cipriano, San Clemente de Alejandría y San Juan Crisóstomo, condenaron muchas veces las diversiones de carnaval.

El Papa Inocencio III publicó varias decretales prohibiendo a los pueblos cristianos los excesos de aquellos esparcimientos públicos cuando los caracterizaba el abuso y el desenfreno juvenil.

En Francia, durante los siglos XV y XVI, la influencia de Italia dio nueva vida al carnaval. Enrique III recorría las calles de París disfrazado, arrojando agua a los transeúntes y haciendo, unido a los caballeros de su corte, todo género de ademanes y chistosidades (sic) del más notable buen humor. Enrique VI recorría también las calles parisienses, dirigiendo una mascarada de brujos. En 31 de diciembre de 1715 se publicó una Ordenanza instituyendo los bailes de máscaras, que se realizaban tres veces por semana, desde mediados de noviembre hasta terminar el carnaval.

En Londres no hay en la fiesta de Momo regocijos públicos; los ingleses la celebran en el interior de sus casas.

En el Perú, no se diga, el carnaval en la costa y en la sierra ha estado siempre en auge, pudiéndose singularizar entre sus pueblos. Lima y Arequipa, que han sobresalido en programas asaz tumultuosos, cuyos números sobresalientes han correspondido al juego con cascarones, a los baldazos con agua, y al embadurnamiento general con polvos, amén de las comparsas de entusiastas jugadores al son de bulliciosas bandas populares.

Circunscribiendo nuestro histórico carnavalesco a esta ciudad, constante tradición existe del famoso carnaval que jugaron nuestros antepasados, en forma indescriptible, por el entusiasmo febril que de ellos se apoderaba, botando la casa por la ventana, abriendo sin escrúpulo las arcas que guardaban el argentino metal, derrochándolo a millares, la gente pudiente, y haciendo el papel de diablejos, rindiendo corazones a carcajadas.

Por las noches, la invasión a los salones arequipeños, en PARTIDAS DE MASCARITAS, era obligatoria, y las damas reunidas en conjunto avasallador, por la belleza y atavíos deslumbradores, informaban los llamados REMATES, bailándose hasta saludar la aurora y los prístinos rayos del sol en medio de alegría indescriptible, mil sonrisas de hadas y un parloteo de risas y contentamiento que metamorfoseaban los lugares en otros tantos paraísos lugareños de delicias.

Hoy esos entusiasmos locos han decaído, y el tradicional carnaval arequipeño no se parece al que jugaron caudillos mistianos como don Domingo Gamio y don Diego Masías, que formaban a la cabeza de este pueblo belicoso, pero siempre alegre y bonachón.

No había reinas de la ciudad y del trabajo, pero existían caudillos que movían la masa popular, y en HUIFALAS miraflores, múltiples en número, rasgando guitarras y charangos, invadían la ciudad, entonando la famosa Canción del Carnaval, inventando coplas intencionadas y de metro libre, como, entre otra que recordamos:

Este carnaval
Quien inventaría
El CASA Morales
De la Ranchería.

Río caudaloso
Déjame pasar
Que el MONO de Prado
Me quiere matar.

Se haría harto fastidioso borronear, en letras de molde, las mil incidencias de esas comparsas mixtas que, como una torrentera de entusiasmo loco llenaban, en aquellos tiempos de candorosa sencillez, los barrios centrales, entremezclados con las partidas de jugadores, municionados con CASCARONES y cartuchitos, llenos de medios reales flamantes, que arrojaban a los balcones y ventanas, a guisa de confites y obsequiosos presentes, con que saludaban a las damas y las acariñaban galantes, entre el Ataque de Uchumayo y el ¡Ay, carnavales! De la conocida canción, que las bandas ejecutaban con ardorosa belicosidad, asaltando las casas y los altos de ellas, a sangre y fuego de innúmeros coheteros chinos.

Tiempos carnavalescos que han pasado a la historia y que no volverán, por aquello de la crisis económica y de la evolución que sufren las costumbres y la idiosincrasia de un pueblo.

Sin embargo, el dios Momo subsiste aún y subsistirá, mientras haya adoradores y la locura humana se encierra en el paréntesis anual de tres días con sus noches, para escuchar, corridos los años, después de la mascarada de la vida, una voz estridente y cavernosa que nos diga: ¿Me conoces? Soy la Muerte.

Arequipa, febrero de 1932.

DOMINGO GÓMEZ.

El Deber N° 16974, Arequipa, sábado 6 de febrero de 1932, pp. 3-4.

Referencias bibliográficas

Cabrera, M. (1924). *Colección de algunos documentos sobre los primeros tiempos de Arequipa mandados publicar por el Concejo Provincial con ocasión del 1er. Centenario de la batalla de Ayacucho*. Arequipa, Tipografía Cartitg & Rivera, p. 98.

Coloma, C. (2017). “El antiguo Carnaval de Arequipa en la imaginación de un viajero francés”. Diario *El Pueblo*, Arequipa, martes 28 de febrero de 2017, p. 8.

Coloma, C. (2018). “Las fiestas de Carnaval en el Perú”. Diario *El Pueblo*, Arequipa, sábado 3 de marzo de 2018, p. 7.

Coloma, C. (2010). “El Carnaval. Antigua fiesta tradicional del Perú”. Revista “Voces” Revista Cultural de Lima, año 11, N° 40, Lima, 2010, pp. 100-101).

Diario *El Deber*. N° 16974, Arequipa, sábado 6 de febrero de 1932 pp. 3-4.

Diario *El Deber*. N° 18817, “Sensible fallecimiento”, Arequipa, viernes 11 de marzo de 1938, p. 3.

Elías y Rivera, G. (2008). *El Comercio Marítimo en el Sur del Perú*. Lima: Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo.

Gómez, D. (1932). “El Carnaval. Algo histórico sobre carnestolendas”. Diario *El Deber* N° 16974, Arequipa, sábado 6 de febrero de 1932, pp. 3-4.

Gómez, A. (1977). *Padre e hijo. Narraciones arequipeñas*. Arequipa: Imprenta Editorial “El Sol”.

Mostajo, F. (1923). “Toponimia. Apuntes de un ensayista andino”. Revista *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo XI, trimestres I y

II, Lima, 30 de junio de 1923, pp. 38-39.

Palma, R. (1968). *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar S. A. de Ediciones, Selecciones Gráficas.

Recibido el 13 de mayo de 2023

Aceptado el 27 de julio de 2023

